

rados de Maria que intentaron desacreditar el religioso culto que se la debe, y arrebatarla por este medio una parte de su gloria, así tambien parece justo solicitarla y procurarla por esta fundacion multitud de fieles siervos, que en todos tiempos, y sin interrupcion, la honren, reparando, en cuanto fuere posible, los ultrajes que en todos los siglos ha recibido de los herejes. Esta preciosa idea de una devocion tan justa, de tanto provecho y tan conforme á los intentos de Dios, debe cautivar un corazon inclinado á la piedad y sensible al reconocimiento. ¿Qué cosa mas justa que la mas perfecta, la mas santa, la mas escelente, la mas elevada en dignidad y la mas amable de todas las puras criaturas reciba continuos cultos de aquellos que creen su santidad, su eminente cualidad de madre de Dios, y se quieren aprovechar de su valimiento? ¿de aquellos, en fin, que reconociéndola por su reina, por su madre, por su abogada y por su refugio, confian con razon en su poder y en su bondad? Ciertamente, si Maria ama á los que la aman: *Ego diligentes me diligo*; si se interesa particularmente en favor de aquellos que la honran y la sirven, ¿qué gracias no conseguirá para sus piadosos y fieles congregantes, que no perdonan á medio alguno para solicitarla tan grande honor? ¿qué bendiciones del cielo no alcanzará para los pueblos donde se erige tan religiosa congregacion? Haz cuanto puedas para alistarte en ella. Emplea tu autoridad y tu zelo en hacer que se funde donde no estuviere fundada; y procura tener un librito titulado: *Instruccion para los congregantes del culto perpetuo de la santisima Virgen*, impreso en Leon, en la oficina de los hermanos Bruyset, calle de Merciere; reza con frecuencia la oracion siguiente, en que se contiene el culto que se debe á esta Señora.

2. «O Santisima Virgen Maria, Madre de Dios, reina del cielo y de la tierra, soberana de los ángeles y de los hombres, yo creo con profundo rendimiento de corazon y de juicio todo lo que la fe cristiana me enseñá de vos; y en particular creo firmemente que sois real y verdaderamente madre de Dios. Confieso que por esta divina maternidad mereceis un culto particular debido á sola vos. Confieso que solo Dios es superior á vos, y que todo lo que no es Dios está sujeto á vuestro imperio. Reconozco que todos los ángeles, todos los santos y todos los hombres son vuestros vasallos y vuestros siervos; que mereceis toda su veneracion, todo su rendimiento, todos sus servicios, todas sus alabanzas, todo su zelo y todos sus respetos. Confieso que cuando el Criador del universo se hizo hijo vuestro os elevá á una gloria incomprensible á todo entendimiento criado; y así como nin-

guna pura criatura puede comprender vuestra dignidad, así tambien ninguna es capaz de rendiros un culto digno de vos. ¿Pues qué podré hacer yo pobre y miserable pecador para honraros? Con todo eso, puesto que no os desdenais de mis obsequios, ó soberana Reina del mundo, cuya bondad y cuya misericordia son iguales á vuestro poder y á vuestra dignidad, recibid de mí la veneracion que os es debida. Postrado, pues, á los pies de vuestro trono, ó Madre de misericordia, madre de mi Redentor, que reinais sobre los serafines, ante cuya majestad es sombra la majestad de todos los reyes, os tributo el mas sincero, el mas humilde, el mas profundo honor que me es posible, despues del que rindo á mi Dios. Reconozcoos por mi soberana Señora, en quien despues de Dios coloco toda mi confianza; téngome por dichoso en conoceros, en perteneceros y en serviros. Pero porque mi pequenez no me permite ofreceros cosa alguna que sea digna de vos, uno mis cultos con los de los serafines, y con todos los honores que recibisteis del mismo Jesucristo, hijo vuestro. Conságrame á vos para siempre, ó augusta inmaculada Virgen; recibidme en el número de vuestros esclavos, y dignaos hacer que yo cumpla perfectamente con las obligaciones que vuestra sublime cualidad de Madre de Dios me impone de respeto, de obediencia, de amor, de zelo, y de ardiente deseo de consumirse por la gloria de vuestro Hijo y por la vuestra. Hago un firme propósito, ó divina Madre, de renovar incesantemente á vuestros sagrados pies el homenaje que en este dia os rindo. Dichoso yo si con mi ejemplo y con mi zelo pudiere contribuir á perpetuar vuestro culto, segun el fin que me he propuesto; dedicándome á vuestro servicio en esta devota congregacion. Así sea.»

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

LA VIGILIA DEL APÓSTOL SAN BARTOLOMÉ.

SAN FELIPE BENICIO, confesor, florentino, en Todi; propagador del orden de los Siervos de la beatísima Virgen Maria, vaton de singular humildad: fué canonizado por el papa Clemente X. (*Véase su historia en las de ayer dia 22 de agosto.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES RESTITUTO, DONATO, VALERIANO Y FRUCTUOSA, CON OTROS DOCE, en Antioquia; los cuales en una honorífica confesion recibieron la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES QUIRIBAGO obispo, MÁXIMO presbítero, AR-

CHELAO diacono y sus compañeros, en Ostia; los cuales padecieron martirio por mandato de Ulpiano prefecto en el imperio de Alejandro.

LOS SANTOS MÁRTIRES CLAUDIO, ASTERIO y NEON, hermanos, en Egea de Cilicia; los cuales acusados por su madrastra de que eran cristianos ante el presidente Lysias, después de muy crueles tormentos fueron crucificados, y triunfaron con Jesucristo. Después de ellos padecieron DONVINA y TEONILA.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS TIMOTEO y APOLINARIO, en Reims en Francia; que en aquella ciudad fueron martirizados, y volaron al reino celestial.

LOS SANTOS MÁRTIRES MINERVO y ELEAZARO CON OCHO HIJOS, en Leon de Francia.

SAN LUPO (ó SAN LOPE), también mártir; el cual habiendo pasado de una condicion servil á la libertad de Cristo, fué despues honrado con la corona del martirio.

SAN ZAQUEO, en Jerusalem, el cuarto obispo de esta Iglesia despues del apóstol Santiago.

SAN TEONAS, obispo y confesor, en Alejandria. (Gobernó la silla de Alejandria por espacio de diez y nueve años. Escribió una instruccion en forma epistolar, trazando la conducta que debian guardar los cristianos que vivian en la corte de los emperadores, la cual dirigió á Luciano empleado de palacio de Diocleciano.)

SAN VICTOR, obispo, en Utica en Africa.

SAN FLAVIANO, obispo, en Autun.

SAN SIDONIO, obispo, en Clermont, esclarecido por su doctrina y por su santidad.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

CUANDO la Iglesia destina todos los meses un dia á la conmemoracion de los fieles difuntos, no solo tiene presente la caridad con los muertos, sino tambien el provecho de los vivos; persuadida esta comun Madre de que el pensamiento de la muerte es tan saludable para los unos; como las oraciones que ofrece son provechosas para los otros: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis*. Piensa con frecuencia en la muerte, y no te atreverás á pecar. Piensa en la muerte, y no te dejarás infatuar de tu propia estimacion: no serás tan vivo en defender tus derechos; no serás tan zeloso de tu autoridad; no serás tan áspero en tu trato, tan delicado en tus intereses, tan arrebatado en tus vivezas, tan duro con los otros, tan indulgente contigo mismo, y tan poco cristiano en toda tu conducta. Piensa en la muerte, y verás como tienes afabilidad, mansedumbre, circunspeccion, urbanidad, moderacion y paciencia. No hay pasion que no se temple con este saludable pensamiento. El pensamiento de

la muerte es el contraveneno de todas las pasiones; y acaso por eso se huye de pensar en la muerte, y se tiene tanto horror á este pensamiento. Se aman las pasiones, se fomentan, se las lisonjea, y se aborrece todo lo que las puede turbar ó enflaquecer.

Pero si el pensamiento de la muerte conturba, atemoriza y aturde, ¿qué será la muerte misma? ¿quién duda que ha de morir? ¿y quién está seguro de que ha de morir bien? ¿una buena muerte es obrá tan fácil ó tan indiferente, es de tan corta consecuencia que no merece el que se piense en ella? Depende de la muerte una suerte feliz ó desdichada por toda la eternidad; son pocos los que mueren santamente, ¿y cómo es posible que se muera santamente si no se piensa en la muerte? Pues á la verdad son muy pocos los que procuran asegurarla buena por el ejercicio de una santa vida. El último momento es el más crítico de todos, porque decide de nuestra eterna suerte. De una santa muerte, ó de una muerte en pecado, depende una eternidad dichosa ó desventurada. Este momento es violento, es apretado, todo se puede temer en él. El espíritu sin fuerzas, la conciencia cargada de pecados, el alma toda espantada; y si en algún tiempo el enemigo de nuestra salvacion pone en movimiento todos sus enredos, todas sus violencias, todos sus artificios, es en aquel último momento. Gran consuelo es en aquella hora haber tenido una santa vida; pero si los mayores santos temblaron al acercarse la muerte, ¿quién podrá asegurar en ella á los imperfectos y á los pecadores? Ninguna otra cosa sino la confianza bien fundada en la Madre de Dios. En la hora de la muerte es cuando propiamente se conoce y se experimenta la dicha de los verdaderos devotos de la santísima Virgen; en aquella ocasion tan peligrosa para la salvacion se hace sentir su poder en favor de los que la sirvieron con fidelidad; en ella es, por decirlo así, su abrigo y su refugio. Es cierto que la sangre del Salvador nos ha de salvar; pero este Salvador es en aquella hora un juez severo que aterra; dichoso aquel, dice S. Bernardo, que encuentra entonces en María una abogada que interceda, una medianera que asegure, una protectora que desvanezca todos los esfuerzos del enemigo de nuestra salvacion. Con mucha razon se la aplica lo que el Espíritu Santo dijo de la Sabiduría (*Sap. 10*): *In fraude circumventium illum affuit illi*. Ella le ayuda contra los que pretendian sorprenderle en aquel último momento. (*Serm. de Nativ.*) *Non ita timent hostes visibiles aciem ordinatam*, dice S. Ambrosio, *sicut demones Dei Matrem*. No temen tanto los enemigos visibles á un ejército puesto en orden

de batalla, como los demonios temen á la Madre de Dios. *Sicut fluit cera à facie ignis* (Hom. 1. sup. *Missus est*), dice S. Bernardo, *sic daemones ad invocationem nominis Mariæ*: Así como la cera aplicada al fuego se derrite y desaparece en un instante, así desaparecen los demonios cuando se invoca el santo nombre de Maria. Defiéndeme, Virgen santa, esclama S. Efrén, y ten misericordia de este pobre pecador; sobre todo en aquel momento en que he de comparecer delante de mi Dios y de mi supremo Juez, á quien tantas veces he ofendido: *Sub alis tuis custodi, et protege me; miserere mei, qui sceleribus plurimis creatorem Deum meum, et judicem offendi*. No permitas que mi formidable enemigo, el demonio, me encuentre destituido de tu amparo, particularmente en aquella última hora, *à tua spe destitui cognoscat*; despues de Dios, ó Virgen santa, en tí tengo puesta toda mi confianza: *non mihi alia fiducia Virgo sincera*. Tú eres el único puerto adonde me puedo abrigar durante la tormenta: *Tu enim meus portus*, y de tí espero me venga todo el socorro que he menester en el tiempo de la agonía: *præsens auxiliatrix*. Si alguna cosa me da seguridad, es el considerarme al abrigo de tu soberana proteccion: *Sub tutela et protectione tua tutus sum*.

Hácame temblar, dice Ricardo de S. Victor, la consideracion de los terribles juicios de Dios; solo me consuela pensar que cuando parezca delante de mi Dios para ser juzgado, si está en mi favor la Madre de misericordia, si se digna ponerse de mi parte, no puedo dudar que el Juez me sea favorable. (*Part. 2. cap. Cant.*) *Si accedam ad iudicium, et Matrem misericordie mecum habuero in causa mea, quis iudicem negabit propitium?* Si alguna vez se interesa por sus siervos esta Madre de misericordia, nunca la ejereita mas que en aquel crítico y decisivo momento:

Cuando los marineros se ven combatidos de una furiosa y deshecha borrasca, dice S. Ambrosio, ninguna cosa los consuela y los alegra mas que descubrir la estrella del mar; esto es, la estrella polar. Pero mayor consuelo, gozo mas dulce y mas esquisito sienten los que hallándose en la agonía descubren durante aquel formidable combate con las potestades del infierno, aquella brillante estrella del mar, la santísima Virgen, como la apellida la Iglesia cuando la saluda como Madre de Dios: *Tam gratum erit nobis in ultimi agonis lucta, multis demonum tentationibus, vehementissimis doloribus agitatis, ubi viderimus præclaram hanc maris stellam, quam Ecclesia salutat: Ave, maris stella, Dei Mater alma*. Si, dice S. Bernardo, Maria es aquella

hermosísima estrella que preside en este borrascoso mar en que todos navegamos embarcados: *Ipsa est præclara et eximia stella super hoc mare magnum merito sublevata*. Como la observes y la sigas, nunca perderás el rumbo; *Quam sequens, non devias*. Si recurres á ella y la suplicas, no tienes que desespérer: *Ipsam rogans, non desperas*. Nunca la pierdas de vista, y jamás errarás el camino: *Ipsam cogitans, non erras*. Mientras estuvieres debajo de su proteccion, no tienes que temer en aquella última hora: *Ipsa protegente, non metuis*. Está seguro de que como ella te sea favorable, arribarás dichosamente al puerto de salvacion: *Ipsa propitia pervenies*. Cuando vuelvo los ojos de la consideracion á vos, ó Virgen santa (prosigue el mismo Padre) no descubro mas que bondad y misericordia: *Cum te aspicio, nihil nisi misericordiam cerno*. Fuisteis Madre de Dios principalmente por los pecadores; y así la misericordia es hija de vuestras entrañas: *Nam pro miseris Mater Dei facta es, misericordiam insuper genuisti*.

Nunca nos es mas necesaria en todas las necesidades de la vida la proteccion especial de la santísima Virgen que en aquel momento crítico, en aquel último momento; en que el infierno pone en movimiento todos sus artificios, y en que hace sus mayores esfuerzos para espantarnos, para tentarnos, para enredar y confundir á una pobre alma, induciéndola á desesperacion. ¿Qué aliento no infunde en aquella ocasion la benevolencia, el favor y el auxilio de aquella Señora, cuyo valimiento es tan poderoso con su soberano Hijo, nuestro Salvador, nuestro supremo Juez y nuestro Dios, y cuyo solo nombre ahuyenta y disipa todo el poder de las tinieblas? Pero este poder, este valimiento, ¿en favor de quiénes le esplicará esta Madre de misericordia, sino de aquellos que la honraron, que la amaron, la sirvieron todo el tiempo de su vida? Dichosos mil veces los devotos de Maria, esclama S. Bernardo, que en aquel terrible riesgo, en aquella furiosa tempestad encontrarán puerto seguro y abrigo impenetrable á todas las máquinas y á toda la malignidad del enemigo. Dichoso aquel que en la terrible y estrecha cuenta que ha de dar al supremo Juez tiene por abogada á la Madre de Dios en aquel tremendo tribunal. Dedicuémonos, pues, toda la vida al servicio de tan soberana Reina, grita el venerable Beda, considerando las inestimables ventajas que se logran mereciendo su benevolencia en aquel último momento; dedicuémonos al servicio de una emperatriz, que nunca abandona en tan apretada necesidad á los que se ponen debajo de su proteccion (*Hom. de Sanct. Mar.*): *Serviamus semper tali reginæ Mariæ, quæ non*

derelinquit sperantes in se. Porque cuando el que clama no merezca ser oído por sus méritos, dice S. Anselmo, lo merecerá por los de la Madre de Dios, que clama por él (*De Concept. B. V.*): *Si merita invocantis non mereantur ut exaudiantur, merita tamen Matris intercedunt ut exaudiantur.* Sobre todo, solicitemos la gracia final, y solicitémosla por María, dice S. Bernardo, porque siempre halla lo que busca, y nunca deja de conseguir lo que pide (*Serm. de Nativit.*): *Queramus gratiam, et per Mariam queramus; quia quod querit, invenit, et frustrari non potest.* Aunque seas grande pecador, puedes acercarte á Dios con toda confianza, prosigue el mismo Santo, como tengas en tu favor á la Madre que se presenta á su Hijo, y á este Hijo que se presenta á su Padre. La Madre muestra á su Hijo los pechos que le dieron leche; el Hijo muestra á su Padre sus llagas y su costado abierto; y no es posible que niegue Dios una gracia que se le pide con tantas demostraciones de amor: *Securum accessum habes apud Deum, ò homo, ubi Mater stat ante Filium, Filius ante Patrem: Mater ostendit Filio pectus et ubera, Filius ostendit Patri latus et vulnera. Ibi ergo nulla poterit esse repulsa, ubi tot sunt amoris insignia.* Es error creer que la santísima Virgen haya sacado nunca del infierno á ningun condenado: *In inferno nulla est redemptio.* Pero es mucha verdad que ha estorbado que muchos devotos suyos fuesen precipitados en aquellas llamas, alcanzándolos de su Hijo tiempo y auxilios para convertirse, y disponiéndolos para el último momento, de manera que consiguiesen la gracia de la final perseverancia. Tampoco se duda que la santísima Virgen ha tenido algunas veces las almas impenitentes en cuerpos desangrados y acribados de heridas, para darlos tiempo de reconciliarse con Dios, de lo que se refiere en la historia eclesiástica mas de un ejemplo. Es tambien de un gran consuelo que no hay cosa mas eficaz para abreviar las penas del purgatorio que la proteccion singular de la Madre de Dios. Por eso dijo S. German, que la proteccion de esta Señora es superior á todo lo que podemos concebir; no siendo posible comprender hasta donde llega su fuerza y su estension: *Patrocinium Virginis majus est, quam ut possit intelligentia apprehendi.* Una Madre de misericordia; una Madre tan tierna y tan compasiva con sus hijos, no es posible que á sangre fria los esté viendo arder en las voraces llamas del purgatorio. Ni son menester milagros para aliviarlas; medios tiene la santísima Virgen para aliviar á aquellas almas afligidas, mas naturales y mas conformes al orden regular de la divina Providencia. En sus manos tiene todas las gracias y todas las misericordias del Señor; dice el bienaventurado

Pedro Damiano: *In manibus ejus sunt omnes miserationes Domini.* Ya sabrá disponer que aquel fiel siervo suyo, dedicado toda la vida á su servicio, cuyas cristianas costumbres, cuya arreglada vida acreditó tanto su devocion, haga en la hora de la muerte un acto de amor de Dios tan encendido, tenga tan perfecta contricion, que Dios por su misericordia le remita la mayor parte de las penas, perdonándole la mayor parte de sus deudas, ó disponiendo que se le apliquen los tesoros de la Iglesia, como tambien el infinito valor del sacrificio de la misa y los sufragios de los fieles. En el capitulo 13 del libro 4 de las Revelaciones de Sta. Brigida se leen estas palabras llenas de consuelo que la santísima Virgen dijo á aquella gran Santa: *Yo soy madre de Dios, y madre de todos los que están en el purgatorio. No se pasa hora alguna en que el rigor de las penas no se mitigue por mi intercesion.* ¿Pues qué parte no tendrán en estos insignes favores todos aquellos que fueron verdaderos devotos de la Madre de Dios durante su vida?

SAN CRISTÓBAL Y LEOVIGILDO, MÁRTIRES DE CÓRDOBA.

Los gloriosos triunfos que consiguieron de los enemigos de la fe S. Aurelio, Felix, Jorge, Sabigoto y Liliosa en el día 27 de julio del año 852, al paso que pusieron en la mayor consternacion á los moros de Córdoba, infundieron una santa emulacion en los cristianos, para que imitasen á aquellos héroes que dieron tanto honor á la religion, entre cuyos esforzados militares de Jesucristo fué uno S. Cristóbal, natural de la misma ciudad, descendiente de las ilustres familias que ennoblecieron á Córdoba. Educóse desde sus primeros años bajo la enseñanza de S. Eulogio, y como se hallaba dotado de unos talentos estraordinarios, y de una propension como natural hácia lo bueno, hizo en muy breve tiempo ventajosísimos progresos así en las ciencias como en las virtudes con el auxilio de su santo y sabio maestro; y como juntaba Cristóbal con la pureza de sus costumbres una solidez de entendimiento, descubrió los lazos que el mundo pudiera armar á su inocencia, hicieron poca impresion en su corazon los atractivos de una brillante fortuna, inspiróle su virtud dietámenes mas conformes á la religion que profesaba, y aunque jóven, y en medio de una corte infiel, considerando los grandes peligros á que estaba espuesto quedándose en el siglo, resolvió buscar asilo á su inocencia en algun claustro religioso. Puso los ojos en el de S. Martin que estaba en la sierra de Córdoba en el lugar llamado Ro-

ana (*): abrazó en el estado monástico, y soltando las riendas á su fervor, fué dentro de breve tiempo la admiración de los más ancianos religiosos por su fervor, por su mortificación, y por la exactitud en la observancia regular.

Supo el martirio de S. Aurelio, y el de sus ilustres compañeros, y encendido en vivísimos deseos de lograr la dicha que consiguieron aquellos, bajó á Córdoba, y presentándose al juez agarenó hizo una confesión pública de su fe, declamando á un mismo tiempo contra el falso profeta Mahoma. Y no satisfecho con una acción tan generosa, exhortó á los moros á que recibiesen la luz del Evangelio, bajo el seguro que seguir con las ridiculas patrañas de su Alcoran, era indispensable que pereciesen eternamente en el infierno con su fanático legislador. Estimó el juez el hecho de Cristóbal por uno de los más enormes atentados, y queriendo castigar su osadía, mandó ponerlo en una oscura mazmorra cargado de cadenas.

Puesto en la cárcel Cristóbal, dió igual ejemplo de valor cristiano ante el mismo juez otro monge de avanzada edad llamado Leovigildo, natural de la antigua ciudad de Iliberi, por la que hoy se entiende Granada, el que vino á Córdoba con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor en el célebre monasterio de S. Justo y Pastor que estaba en lo más áspero de las montañas de aquella ciudad, junto á una aldea llamada *Leyulense*, del que no nos resta memoria alguna, á pesar de la escrupulosidad con que señaló su disposición S. Eulogio; robándonos la injuria del tiempo todos los indicios que á lo menos pudieran representar las ruinas de aquellos santuarios, donde se tributaron á Dios los más solemnes cultos en medio de sus enemigos, cuyo furor no perdonó ni aun á las piedras, para que ni aun en ellas resucitasen las memorias, que procuraban dejar en un olvido perpetuo.

Vivió Leovigildo muchos años en aquella ilustre casa, siendo un modelo acabado de la perfección religiosa por la justificación de su conducta, tanto más digna de elogio, cuanto estaba fundada sobre el sólido principio de una profunda humildad, la que era tan grande que ni aun sus buenos deseos aprobaba sin consultarlos con las personas más sabias y más virtuosas; como lo acreditó en los que tuvo de ofrecer á Dios su vida en sacrificio, fiándole al examen de S. Eulogio, que era el oráculo, la colum-

(*) De este monasterio no queda otra memoria que esta, siendo cierto que en él fué hospedado S. Juan Gorciense cuando fué á Córdoba por embajador de Otton, después emperador, en el año 957.

na y el piloto que gobernaba la iglesia de Córdoba, agitada en aquellas calamitosas edades con las más furiosas olas de la persecución.

Obtuvo la aprobación de tan clásico maestro, y con su bendición se presentó al juez árabe, y comenzó en su presencia á predicar las infalibles verdades de nuestra santa fe, al paso que abominó los delirios y los embustes que escribió el fanático Mahoma en su ley. No pudieron los moros sufrir por mucho tiempo los desprecios que hacia Leovigildo de su profeta, y no contentos con haber descargado sobre él un sin número de golpes y de bofetadas, lo llevaron de orden del juez á la cárcel, donde le amarraron con pesadísimas cadenas.

Vieronse en la prisión Cristóbal y Leovigildo, diéronse el parabién de la dicha que esperaban; y considerándose desde aquel momento como soldados de Jesucristo que iban á pelear con sus enemigos, procuraron armarse con las armas de la oración, del ayuno y de la penitencia, avivándose en ambos el deseo de padecer por amor del Señor con las continuas conversaciones que tenían sobre la perpetuidad de los bienes eternos. Pronunció en fin el juez la sentencia de muerte contra los dos ilustres confesores, y recibieron la notificación con una alegría extraordinaria, viendo que se acercaba el tiempo de su feliz carrera. Sacáronlos para el lugar del suplicio, y cuando se preparaba el verdugo para descargar el golpe del alfanje, se suscitó entre los dos héroes una humilde competencia, sobre ceder el uno al otro la primacía para el sacrificio, graduando los instantes que se adelantaba esta dicha, como premio digno entre los que aspiran á la gloria del martirio. Venció en fin Cristóbal, prefiriendo á Leovigildo como mayor en años y en merecimientos, según su concepto, y manteniéndose ambos sin la menor turbación en un lance que hasta los ejecutores se inmutan, fueron decapitados en el día 20 de agosto del año 852. No satisfechos los moros con el injusto castigo, arrojaron los venerables cadáveres á una hoguera encendida, para que reducidos á cenizas no pudieran los cristianos tributarles la veneración que acostumbraban á los santos mártires; pero estrayendo los fieles con exquisita diligencia parte de los cuerpos antes que el fuego los consumiese, les dieron sepultura en la iglesia de S. Zoilo, de la cual fueron después trasladados á la de S. Pedro donde hoy se veneran. La santa iglesia de Córdoba celebra hoy el triunfo de estos santos mártires. La de Granada hace fiesta á S. Leovigildo con oficio doble el día 16 de este mes desde el año 1732 en que lo dispuso así el arzobispo de aquella metrópoli D. Francisco de Perea.

La misa es de los Difuntos, y la oracion la que sigue:

O Dios, criador y redentor de todos los fieles, conceded á las almas de todos vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que ob-

tengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdón que siempre esperaron de ti. Que vives y reinas, etc.

La Epistola es del cap. 14 del Apocalipsi.

En aquellos dias: Oí una voz Desde ahora, les dice el Espíritu del cielo, que me decia: Escrito, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

REFLEXIONES.

Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Esta es la que se llama muerte preciosa: cualquiera otra es despreciable y vil; solo la de los santos es respetable y estimable. Muera uno ilustrado con una gloriosa serie de victorias; con una continuada cadena de prosperidades, con una prodigiosa multitud de heroicas acciones y de magníficos elogios; si no muere con la muerte de los santos; solo será grande en el papel y en la historia; toda su dicha es imaginaria y quimérica. No hay otra muerte feliz sino la muerte de los santos; pero es menester pensar muchas veces en la muerte si se quiere morir santamente. Se puede decir; que el pensamiento de la muerte hace de algun modo en las pasiones el mismo efecto que la muerte misma: *In illa die*, dice el Profeta, *peribunt omnes cogitationes eorum*. Desvanécense en aquel último momento todos los proyectos de la ambicion, todas las vastas ideas; todas las lisonjeras esperanzas, *peribunt*. Aquel plan de fortuna trazado con tanta prudencia y con tanto acierto; aquellas medidas tomadas con tanta comprension y con tanto pulso; aquellas empresas ideadas con tanto corazon y con tanto espíritu, *in illa die peribunt*; todo eso perecerá, se desvanecerá, desaparecerá en aquel terrible dia; todo lo que embelesa, todo lo que lisonjea, todo lo que engaña se marchita, se apaga en el último momento. Pues poco mas ó menos lo mismo hace, durante la vida, el pensamiento de la muerte. Toda pasion halaga, embelesa, encanta, prometiendo nueva felicidad y nuevo gusto. Viene la muerte, y despojola de todo su atractivo. No es-

peran los lazos en aquel dia á que otros los desaten, ellos se hacen pedazos por sí mismos. Entonces todo disgusta, todo enfada; la idea de aquella quimérica felicidad en que se estaban saboreando las pasiones, se convierte entonces en indignacion contra la propia locura. Bien se puede decir, que en aquel dia parecen á un mismo tiempo las pasiones y los pensamientos: *In illa die peribunt omnes cogitationes eorum*. A la verdad, ¿con qué ojos se mira á la hora de la muerte todo aquello que fomentó la concupiscencia, todo lo que fué objeto de la ambicion, y todo lo que sirvió de materia á las pasiones humanas? Aquel empleo elevado que tanto costó, luego pierde su valor y todo su mérito en mirandole, por decirlo así, á dos dedos de la sepultura. Esa magnificencia, ese fausto, esa suntuosidad, ese esplendor que tanto deslumbra en vida, perdió entonces toda su brillantez. Hasta los resplandores de la majestad real se oscurecen con las sombras de la muerte. Grande ejemplo nos ha dado de esta verdad el siglo presente. Aquel monarca tan celebrado en el mundo por el dilatado reinado de setenta y dos años, Luis XIV, digo, soberano en quien por los años se contaron las victorias; aquel monarca que fué la admiracion de todas las naciones, el terror de sus enemigos, idea real de la mayor grandeza y la mas brillante imagen de la humana felicidad, muere como mueren todos los demás hombres; y en aquel último momento de la vida, grandeza, poder, majestad, resplandor, todo desaparece, todo se apaga de repente. ¡Oh, buen Dios, y qué de falsas brillantesces se descubren en aquella hora! ¡Oh, qué bello punto de vista el de la muerte para representar muchos objetos, y para hacer patentes muchos misterios! En la vida, por engaño de las pasiones, se nos representan todas las cosas á una falsa luz; pero en la muerte todo se nos pone delante como es en sí sin engaño y sin artificio. Entonces se descubre distintamente el verdadero motivo de aquellos amargos zelos, la legitima causa de aquella maligna envidia; el objeto de aquella desmedida ambicion; ¿pero con qué cara se nos descubre? ¿qué se piensa entonces de esa sordida codicia, cuando de todas las posesiones adquiridas, de todos los tesoros amontonados, no resta mas que una sepultura, un ataud y una mortaja? ¡Oh, y qué santamente se moriria si se muriera dos veces!

El Evangelio es del capítulo 6 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno

comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que dará* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decían: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió: En ver-

dad, en verdad os digo: que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

Del verdadero secreto para lograr una santa muerte.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el verdadero secreto para lograr una santa muerte, es tener una santa vida. Vanamente se lisonjea el hombre, confiando en los socorros espirituales que logrará en una larga enfermedad. Fuera de la incertidumbre del tiempo, de la incompetencia del estado y de la incompatibilidad de las circunstancias, es cierto que esas conversiones precipitadas, superficiales, y por la mayor parte forzadas, rarísima vez fueron verdaderas. Es menester que haya algun intervalo entre la conversion, entre la penitencia y la muerte. Aun habiendo vivido con un exacto arreglo de costumbres, con una vida inocente y ajustada, todavía se temen, y con razón, los altos juicios de Dios; ¿pues cómo podrá asegurar á un moribundo una conversion de dos dias, despues de una vida desbaratada y perdida? Para una fundada confianza es menester un motivo mas sólido y mas plausible. Dios es misericordioso, es verdad; pero en esa misma infinita misericordia confiaban los mayores santos, y con todo eso temblaban. Convengamos, pues, en que sólo una vida pura, una vida penitente, una vida empleada en ejercicios de mortificacion y en la práctica de las virtudes cristianas, una vida conforme á la ley y á las máximas del Evangelio, puede fundar una verdadera confianza. Confesemos que una santa vida es el verdadero secreto de lograr una santa muerte. Y de buena fe, ¿cómo es verosímil que despues de haber pasado los dias de la vida en una continua desobediencia, y aun en un menosprecio formal de los mas sagrados preceptos, de la mas clara voluntad de Dios tan espresa en el Evangelio; despues de haber preferido siempre las impías máximas del mundo á las santas máximas de Jesucristo; despues de haber sido cristiano de solo nombre, sin tener mas que una aparente ceremonia y sobrescrito de religion; despues de haber menospreciado á sangre fria y

con reflexion las gracias mas fuertes, las inspiraciones mas vivas, las exhortaciones mas apretadas, los ejemplos mas convincentes y todos los medios de conversion mas eficaces; una última enfermedad, que debilita la razon, que nos hace incapaces de atender al mas mínimo negocio, que nos obliga á romper los lazos mas fuertes y mas estrechos, sea ni tiempo, ni estado, ni medio proporcionado para reparar todos los desórdenes y todo el desbarato de una vida, que pediria treinta años de retiro, de lágrimas y de penitencia? ¿no es desacreditar nuestra religion, y en cierta manera insultar á Jesucristo, imaginar, y mucho menos creer, que seguramente se puede contar sobre esa especie de ceremonia ó de monería? Aquella mujer perdida, aquel hombre disoluto, aquel eclesiástico mundano, aquel religioso tan irregular, tan indevoto y tan inmortificado, ¿habrán hallado por ventura el secreto de eludir todos los oráculos de Jesucristo, sus leyes, sus consejos y sus amenazas? Forma el sistema que quisieres; figúrate la moral que se te antojare; finge la doctrina que te lisonjeare mas; pero desengañate, que el verdadero, el único secreto de lograr una muerte cristiana, es vivir cristianamente. Bien puede Dios hacer milagros: mas ¡oh, y qué digno de compasion es aquel que solo fia á un milagro su salvacion! Por Dios no hagas inútiles estas reflexiones.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que tambien hay otro secreto para lograr una santa muerte, muy reconocido de todos los santos padres; este es la verdadera devocion con la santísima Virgen. Pero no creas que por verdadera devocion se entiende una sarta ó una multitud de oraciones vocales, rezadas en honor y reverencia de la Madre de Dios; un nombre escrito en los libros de una congregacion ó cofradía de la Virgen; una costumbre en ciertos ejercicios de mortificacion y de piedad, que aunque muy santos, si no están animados de la gracia y del espíritu cristiano; todas esas devociones muertas, y por decirlo así, descarnadas, no merecen el nombre de verdadera devocion. Por esta se entiende un deseo ardiente de honrar, servir y agradecer á la Madre de Dios; se entiende un porte cristiano, que pruebe la rectitud, la pureza y la santidad de las disposiciones interiores; se entienden unos ejercicios de devocion, que sean efecto de un corazon abrasado en el amor de Dios y en ternura á la santísima Virgen. No puede la Madre mirar con buenos ojos á los que son desagradables á su santísimo Hijo. Es, pues, visible que semejante devocion es un secreto admirable para lograr una santa muerte, porque es origen de una santa vida. ¿Qué auxi-

lios, qué gracias, qué utilidades no granjea á los devotos de la Madre de Dios en aquel último momento decisivo de la eternidad? Es la santísima Virgen la que distribuye las gracias de su Hijo; y nunca hay mayor necesidad de ellas que en aquella última hora. ¿Cómo las ha de negar esta Madre de bondad á sus hijos, á sus devotos y á sus fidelísimos siervos? Cuando su piedad asiste aun á aquellos mismos que la profesaron menos devocion y confianza, ¿olvidará á los que la honraron, sirvieron y amaron tiernamente durante su vida? Y si los asiste y los protege con un modo tan tierno y tan activo, ¿qué gracias no recibirán ya contra los esfuerzos del demonio, ya contra los naturales temores de la muerte, ya contra las angustias y dolores de la última enfermedad? ¡Mi Dios! ¿dónde hay motivo de confianza mas bien fundado? ¿dónde hay esperanza mas llena de consuelo? ¿cuántas veces repetimos con toda la Iglesia: *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora, y en la hora de nuestra muerte?* ¿podemos temer que esta Señora se olvide, ni que se haga sorda á una oracion tan repetida? Confesemos, pues, que la verdadera devocion con la santísima Virgen es un secreto infalible para lograr una buena muerte.

Dignaos, ó Madre de mi Dios y amada madre mia, dignaos de oír favorablemente mis humildes ruegos. Espero que la sincera, la tierna devocion que os profesaré toda la vida, me asegure la gracia de una dichosa muerte.

JACULATORIAS.—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora, y en la hora de nuestra muerte. Amen. (*Ecclesia.*)

María, madre de gracia, madre de misericordia, defiéndenos del enemigo, y recíbenos en la hora de la muerte. (*Ecclesia.*)

PROPOSITOS.

1 Siendo una santa vida el verdadero secreto de lograr una santa muerte, no busques otro inútilmente. Refiere á este fin todas tus acciones, todos tus proyectos y todos tus deseos. En cuanto emprendieres, y en cuanto hicieres, ten siempre á la vista este pensamiento tan necesario: *¿Y esto me servirá para morir bien?* No solo has de hacer todos los ejercicios cristianos con esta mira, sino que aun todas las funciones de la vida civil las debes ejecutar con el mismo espíritu, y dirigir las al mismo respeto. Las aflicciones y las adversidades pierden la mitad de su amargura cuando se piensa que los trabajos nos pueden servir

para desprendernos del amor á la vida, y para disponernos á una santa muerte. Las prosperidades embriagan, ó cuando menos aturden, y muchas veces trastornan la cabeza. Entonces trae á la memoria el pensamiento de la muerte, que este es el contraveneno mas eficaz.

2 Una de las cosas que mas nos interesa en la devocion á la santísima Virgen, es el conseguirnos una buena muerte. Este es otro poderoso motivo para tan santa devocion; sea la tuya desde hoy mas afectuosa y mas ardiente. De aquí adelante, cuando reces la salutacion angélica, haz particular reflexion á aquellas palabras *Nunc, et in hora mortis nostræ*; ahora, y en la hora de nuestra muerte. Familiarízate toda la vida con las dos devotas jaculatorias que acabas de leer al fin de esta meditacion; y pide á la Madre de Dios su proteccion particular para la hora de la muerte.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

SAN BARTOLOMÉ, apóstol, el cual predicó en la India el Evangelio de Jesucristo: de allí pasó á la Armenia mayor, en donde habiendo convertido á muchos, fué desollado vivo por los bárbaros, y luego degollado por mandato del rey Astiages alcanzó la corona del martirio. Su sagrado cuerpo fué llevado primero á la isla de Lipari, despues á Benevento, y últimamente á Roma á la isla del Tiber, en donde es venerado de los fieles con piadosa devocion. (*Véase su vida hoy.*)

LOS TRESCIENTOS SANTOS MÁRTIRES, en Cartago, en tiempo de Valeriano y Galieno; despues de haber padecido varios tormentos, mandó el presidente encender un horno de cal, y que delante de él les presentasen al mismo tiempo unas ascuas con incienso, y les dijo: Una de dos, ofreced incienso á Júpiter sobre estos carbones, ó sereis echados en el horno: mas ellos armados de fe confesando que Jesucristo es el Hijo de Dios, con suma ligereza se arrojaron en el horno, y entre el vapor de la cal fueron reducidos á ceniza. Por cuyo motivo aquel ejército de Santos fué llamado la *Masa blanca*.

SAN PTOLOMEO, obispo, en Nepeto, discípulo del apóstol S. Pedro, por quien fué enviado á Toscana á predicar el Evangelio: en dicha ciudad alcanzó la gloriosa palma de mártir.

SAN ROMAN, obispo de Nepeto; el cual siendo discípulo de S. Ptolomeo, fué también compañero suyo en el martirio.

SANTA AUREA, virgen y mártir, en Ostia; la cual fué arrojada al mar con una piedra atada al cuello: su cuerpo habiendo salido á la playa, lo enterró S. Nono.

SAN TACION, mártir, en Isauria; el cual en la persecucion de Dio-